

Salitre en el Ojo

by Jaime Mundo

La cara larga y triste, un aroma a sal en su gabán. De caminar lento, B. sintió la arena; no había salida. El sargento llegó. Se miraron. El secreto de la vida fue revelado entre las pausas de las olas y la respiración de los caballos ya cansados y hambrientos. Mientras los humanos inventan sus realidades, los animales tienen necesidades más urgentes. El caballo del criollo respira profundo, gime, casi murmura. El sargento no dice nada. El caballo de B., todavía fresco, responde a su dueño y escapa hacia la lejanía. El caballo también será un exiliado forzoso de su tierra.

Mientras en la cocina de la casa de la esquina, a dos cuadras de la plaza, el sargento, años después, tomará todos los días tazas de café y mirará por la puerta al gallo que no se calla. El maldito gallo, igual que él, perdió el ciclo natural de las cosas. Las compulsiones se marcan a tiempo completo. Su mujer entrará después de haber dado maíz a las gallinas. Ese momento se repetirá varias veces al día, sin contar la hora de dormir.

En la playa, la persecución como proyecto de vida, como validación de que la sangre corre por el cuerpo, lo dejó huir. No por ideales ni creencias metafísicas; después de todo, es en reales que se paga el pan, es en reales que se espera jubilar y cuidar el gallo de pelea. Lo dejó huir porque esa noche en la playa le invadió una tristeza atrasada de siglos. Al igual que su caballo, él fingió estar cansado para evitar tener que mirar una vez más al anciano que había llegado para enterrar a su esposa.

Horas después, el féretro entró por esa misma playa, llevado por cinco hombres. El féretro, mojado por el salitre. Las manos de hombres agotados por un viaje transatlántico, con sus cuerpos sumergidos en el mar, levantaron el féretro hacia la luna caribeña para que purificara todas las partículas negras que traía de París, donde ella había vivido como una novia muerta por una fiebre que la sumergió en pesadillas y visiones que no pudo callar. El novio, a su lado, como un doctor en un campo de batalla que sabe que su presencia pasa desapercibida, su función era ser el maestro de ceremonias de la morfina, un retroceso a un arquetipo de brujo, un conductor en los infiernos de Dante.

II

"Querido Francisco,

Escribeme. Tengo pensado ir a Santo Domingo. ¿Qué te parece? Aquí yo me gano el dinero, vivo cómodamente, todos me tratan con consideración. Pero nada me llena el hueco inmenso de mi corazón. Nunca me ha gustado estar en un sitio por mucho tiempo.

Hazte ciudadano americano después de la guerra. No hagas la tontería de meterte en algo que nunca irá adonde nosotros esperamos. Hazte de un buen lugar en Nueva York. Por lo demás, si el mundo se volviera, me estaría mucho mejor de lo que está. Es verdad, ya no cuento con nada.

Yo acabé mi destino. Ya estoy cansado de la agitación de mi oficio. Quisiera entregarme más cada día a las cosas materiales para convencerme de la inutilidad del vacío de la nada de las cosas."

Todos me aconsejan que no regrese, que no hay nada que buscar allí. Cada visita es como llenar la mochila del pasado con pesadas piedras. ¿Qué se revela en el viaje de regreso? Volver implica una reorganización manual y forzada de las neuronas que se adaptan a la rutina. En otras palabras, volver requiere abandonar cosas, depositarlas seguramente en algún lugar con la esperanza de que la distancia pueda revivir los recuerdos de algo dejado hace tiempo a merced del olvido. Solo el alcohol tiene esa capacidad de moldear el tiempo como un ataque de infantería, como Napoleón marchando, derrotado y frío, con olor a azufre, de regreso a Francia en el invierno de 1812. No se pueden mantener varios frentes de batalla sin sufrir alguna pérdida. No se puede estar aquí ni allá sin que el coste de esa deuda se haga insostenible.

III

Lo que recuerda le llega en instantes. Recuerda las calles y la lluvia. Recuerda una camioneta verde frente a la casa de Don Sifredo. Recuerda las puertas abiertas de la camioneta. Un féretro negro. La lluvia intensa le impedía descifrar la imagen completamente. La lluvia golpeaba la camioneta, una contemplación de la tristeza, un momento que rompía el ocio. El féretro estaba vacío. Nada. Solo la tela blanca algodonada y una cruz solitaria dentro de un espacio infinitamente blanco. Alguien abre la puerta de la casa, las luces del patio se encienden, se escuchan pasos a distancia. Pasos lentos. Pesados.

Salió corriendo, escapó hacia la verdura, cortando camino por los canales, y se sentó debajo del puente. Se cubrió el rostro con ambas manos. No pensó en nada. Sintió el agua deslizándose por todo su cuerpo, pero no pensó en nada. Experimentó escalofríos, y no sabía si eran por la lluvia o por la revelación de su condena. No quiso dar sentido a lo que había pasado, quiso arrancarse los cabellos, la piel, los ojos, deseaba dejar de existir en ese momento.

Aquellos condenados a la vigilia y a repetir la misma imagen son informados casi instantáneamente del veredicto. Los condenados al silencio sufren una muerte plácida, casi inocente, casi invisible. La felicidad les llegará a través del trabajo en ocupaciones que no requieran mucho compromiso, y que les permitan vivir tranquilos sin tener que llamar la atención. Aquellos condenados a la noche a menudo escapan a distancias lejanas y viven cómodamente fuera de sus tierras. Ansiando convertirse en algo diferente, construyen algo nuevo con un lenguaje extranjero.

Solo la noche los salva de la miseria que llena sus días. Su razón de ser puede morir, pero nunca la memoria. Ahora, su esposa lo espera en la cama. Ahora, se lava la cara. Ahora, pasa lentamente la toalla por su rostro. Se movió al lado de la cama que le correspondía. Intentó no cerrar los ojos. Ella le hablaba. Pero sabía que era una lucha inútil. El féretro lo esperaba en una noche lluviosa, cualquiera de estas noches sería el encuentro como esa noche en la playa. Repite ese estribillo una y otra vez, se lo ha dicho a su esposa, aunque ella no entienda que está volviendo a soñar. El gallo cantará en pocas horas. El cuerpo de B. todavía no descansa en la plaza. No. No hay nada. Solo mármol. Y un féretro vacío.

En Cabo Rojo, agosto, 1920.